

Panorama del contexto económico, político, tecnológico y cultural mundial: reflexiones sobre la música tradicional

Se puede decir que desde mediados del siglo pasado, con el fin de la Segunda Guerra Mundial, se comenzó a notar un creciente proceso de internacionalización del capital, mismo que se intensificó y aceleró al término de la guerra fría. Se comenzaron a romper fronteras, surgen las transnacionales y con ello el mercado deja de ser únicamente nacional para convertirse en mundial; se empiezan a liberalizar las políticas económicas, mientras los flujos internacionales de capital son cada vez mayores y se mueven a velocidad impresionante. En general, se observa un creciente movimiento de capitales, una globalización de la economía mediante la eliminación de barreras que impidan la libre circulación de mercancías y de los factores de producción más allá de las fronteras nacionales, dando pie a un aumento del comercio internacional que asegura su constante incremento mediante la integración de bloques comerciales mundiales.

En ese contexto surgen las alianzas estratégicas de grandes grupos comerciales e industriales con organizaciones

bancarias, las cuales “movilizan sus recursos, agilizan sus redes y sus circuitos informáticos y realizan sus aplicaciones de modo independiente o incluso con total desconocimiento de los gobiernos nacionales”.¹

Asimismo, desde hace 30 años hemos observado una explosión de la tecnología, de la información y de las telecomunicaciones, lo que a su vez ha facilitado el proceso de globalización no sólo en el ámbito económico sino también político, social y cultural. Tras haber



* Estudiante de posgrado en la Facultad de Economía de la UNAM.

¹ Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI, 1996, p. 39.



Orquesta típica, ca. 1900. Col. Sinafo-FNHNAH, núm. de inv. 04954.

transformado la economía, esta innovación tecnológica plantea nuevas formas de transacciones comerciales, como la virtual; se han incrementado notoriamente los flujos de información e imágenes a las que se puede tener acceso mediante Internet, y también se ha modificado la manera de realizar la producción de bienes y servicios culturales.

Estamos en un momento donde “la dinámica del capital, en todas sus formas, rompe o rebasa las fronteras geográficas, los regímenes políticos, las culturas y las civilizaciones”;² la música popular no podía permanecer ajena a estos cambios, y mucho menos la música tradicional.

La innovación tecnológica

Con la creciente y acelerada innovación tecnológica se han generado nuevos productos y servicios, a la par de

² *Ibidem*, p. 33.

modificaciones en los procesos productivos que han permitido el crecimiento continuo de la capacidad de producción. Dado que todos los cambios recaen dentro de las sociedades en que se desarrolla todo este nuevo proceso de industrialización, resulta indispensable que los grupos sociales vean modificadas su mentalidad, cultura, relaciones sociales, etcétera; es decir, se genera un cambio radical en todos los aspectos de la existencia social.

El gran avance tecnológico propicia y facilita la globalización no sólo de la economía sino también de la cultura, y ante la mercantilización de todo lo que pueda aportar ganancia ni siquiera la cultura ha podido escapar de las fauces del sistema capitalista contemporáneo; en consecuencia, por medio de las industrias culturales tanto el arte como la cultura se transforman en bienes y servicios como cualquier otro y los creadores e intérpretes se vuelven simples trabajadores.

Es cierto que muchos de los procesos de producción cultural pueden ubicarse en el entorno económico,

entre ellos la producción, distribución y consumo de bienes y servicios culturales, o el trabajo que los diversos artistas desempeñan, el cual ocurre dentro de un mercado de trabajo que puede analizarse como cualquier otro (mediante el análisis de la oferta y demanda laboral). Sin embargo, la mayoría de bienes que se producen y reproducen en la industria cultural no puede considerarse como cualquier otro tipo de bienes, ya que éstos “no se pueden reducir a su sola dimensión mercantil [...] no son solamente mercancías, son las obras que expresan nuestra civilización, nuestros modelos, la identidad de los autores y de los países”.³ Por tanto, la industria cultural no debe ser tratada de igual forma que las otras industrias debido a su composición *sui generis*, lo que hace de ella —en cierta medida— una excepción cultural y económica.

La música vista como industria

La música es quizá la más vieja de las expresiones artísticas, por lo que desde tiempos inmemoriales ha sido una forma fundamental de la expresión humana presente en festejos, rituales, ofrendas, funerales, etcétera, y en esa medida es considerada uno de los elementos más representativos de toda cultura, ya sea local, nacional o global. Incluso en las actividades sociales cotidianas encontramos alguna presencia musical en restaurantes, discotecas, centros comerciales, durante los traslados de un lugar a otro en transporte público o particular, en determinadas actividades deportivas, y hasta en labores para la relajación y cuidado de la salud como la musicoterapia

En lo referente a la industria musical, algunos datos sobre su comportamiento en la década de 1990 muestran que México logró ubicarse entre los seis mercados más grandes de América Latina. Según George Yúdice, nuestro país llegó a ocupar el segundo lugar entre esos seis mercados, con ventas de 60.3 millones de unidades en 1995, 65.9 millones en 1996 y 68.5 millones en

1997, ventas que generaron ganancias de 299, 399 y 472 millones de dólares, respectivamente. La industria musical es la de mayor impacto económico entre las industrias culturales de México, pues de la contribución del conjunto de las industrias protegidas por el derecho de autor, IPDA (música, cine, editorial y artes plásticas), que representa 6.7 por ciento del PIB, “la música aporta 2.6 puntos porcentuales, prácticamente el doble de la aportación de las industrias que le siguen en importancia, como el cine y la editorial (1.4 y 1.3 por ciento respectivamente)”.⁴



La música y las nuevas tecnologías

Con la informática comienzan a darse cambios en los métodos de composición, pues el compositor debe enfrentar una nueva realidad: la de formalizar explícitamente su pensamiento musical para adaptarlo a la nueva tecnología, y este cambio implica una modificación radical en las relaciones de los músicos entre sí. Si bien con las nuevas tecnologías de información y comunicación todas las industrias han sufrido modificaciones significativas, quizá la música sea una de las expresiones artísticas y culturales donde se puede apre-

³ Jean-Jaques Beinex, citado en “Culture, état et marche”, *Cahiers Français*, París, núm. 312, enero-febrero 2003, p. 31.

⁴ Ernesto Piedras, *¿Cuánto vale la cultura? Contribución económica de las industrias protegidas por el derecho de autor en México*, México, Sogem/SACM/Caniem, 2004, p. 141.



ciar de manera más clara toda esta serie de cambios: equipos para producir y grabar música (consolas digitales, *software*), la forma física en que se plasman los sonidos (digital), géneros nuevos (música electrónica), mercados y formas de adquisición (vía virtual, por medio de Internet), hasta dispositivos reproductores (reproductores de CD, computadoras, Ipods, teléfonos celulares).

Todos estos cambios tienen algunas repercusiones negativas en la situación profesional de los músicos, pues con el uso de instrumentos electrónicos es posible sustituir en gran medida el número de ejecutantes de instrumentos acústicos; a su vez, con ello se incrementa el desempleo entre los músicos, sobre todo los profesionales, pues con el avance tecnológico la capacitación necesaria para ejecutar un instrumento ha disminuido, y ya no se requiere de una formación tan amplia y larga como sucedía antaño con la tradicional academia.

Dicha situación nos llevaría a poner los ojos en temas como el de los planes de estudio y la reestructuración de actividades de los músicos en activo hacia áreas como la composición, o la elaboración de arreglos, lo cual podría permitirles contemplar otras fuentes de empleo y no mostrarse sólo como ejecutantes. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que la educación y sus posibles cambios no deberían estar sujetos a las exigencias del mercado.

La música tradicional en el mundo actual: músicos y sociedad

La música tradicional es claramente una de las más afectadas dentro del mundo globalizado en que vivimos; debido en parte a una clara tendencia de establecer los mismos modelos y estilos que de una forma u otra dan pie a la homogeneidad, se relega a la música tradicional en la medida en que puede significar diversidad y variedad.

La música tradicional refleja las expresiones típicas de una localidad, expresa su lengua y con ella sus modismos, así como relatos de la vida de la comunidad. Es así como la música tradicional mexicana tiene una amplia gama de variedad que no sólo nos distin-

gue como país respecto a otras culturas del mundo, pues también dentro de nuestro territorio hace notar que en un mismo espacio geográfico pueden coexistir diversas formas de hacer música y, a la vez, pertenecer a un todo que comparte costumbres, estilos e historias.

Sin duda alguna, la música tradicional forma parte de la historia y es fundamental para entender mejor nuestro presente musical; sin embargo, las nuevas generaciones han ido perdiendo el interés de acercarse a este tipo de música, al grado de relegarla en su mayoría de veces a festivales escolares —donde su presencia es cada vez menor—, muestras regionales y fiestas de las localidades conocidas como “fiestas del pueblo”, las cuales son más conocidas y valoradas en el extranjero que en su país de origen.

Una de las posibles razones para explicar lo anterior podría ser la gran ausencia de la música tradicional en la formación de músicos profesionales, ya que muchos de ellos carecen de un verdadero conocimiento en la materia —deficiencia atribuida en gran parte a los planes de estudio, al no incluir este tipo de música en la currícula del Conservatorio Nacional de Música, por poner un ejemplo—; en consecuencia, se deja sólo un estrecho espacio para dicha tradición musical en uno que otro taller extracurricular dirigido por algún “terco” y sabio preocupado por temas que a nadie más le quitan el sueño. En general, la música mexicana brilla por su ausencia del repertorio que deben ejecutar de manera obligatoria los estudiantes de música de nivel superior. Es así como a lo largo de 10 años de formación musical, en promedio, terminan interpretando sólo 10 piezas de música mexicana frente a una media de entre 80 y 100 piezas de autores europeos.

En este punto es necesario aclarar que no tengo nada en contra de la música de otros países; al contrario, me parece relevante en la formación académica de los músicos. Lo ideal sería buscar un equilibrio en el contenido de los programas, ya que es importante brindar las facilidades pertinentes para que todo mundo tenga acceso a una amplia gama de opciones musicales —ante todo por razones de cultura general—, y posteriormente, en función de su cosmovisión personal, cada uno podrá tomar o desechar lo que a su criterio mejor le parezca.

La casi nula y mal dirigida educación artística en el nivel de educación básica también favorece que los alumnos carezcan de la mínima formación musical y desconozcan la música mexicana, pues además de las deficiencias académicas existentes —debidas en gran parte al poco interés de nuestros gobiernos al respecto—, en muchos festivales escolares ni siquiera se contempla nuestra música típica, siendo sustituida por temas musicales de moda en ese momento. Otro elemento en contra para valorar la música mexicana es que muchas personas la identifican o relacionan con conceptos y situaciones alusivas a los pueblos, al campo, la pobreza, a escenarios alejados de todo lo relativo a las grandes urbes y la modernidad.



Un viejo y su guitarrón, ca. 1900. Col. Sinafo-FN-INAH, núm. de inv. 04956.

Por supuesto, dicha visión es reforzada por la industria cultural y del entretenimiento, donde los criterios para seleccionar e identificarse con ciertos tipos de música responden a un estilo de vida y a un patrón de pertenencia a determinado grupo social; es decir, ese criterio selectivo o gusto en realidad está moldeado por la moda y las estrategias de consumo cultural diseminadas por los medios masivos de comunicación. Por lo demás, para identificarse con ese grupo social y no sentirse excluido, el consumo de mercancías culturales no puede limitarse a la música popular de moda, sino que también abarca el último *best seller* que llegó a la librería, la más reciente producción de Hollywood, una gran variedad de *gadgets* o dispositivos electrónicos de alta tecnología, así como ropa y accesorios de marca.

Sin duda estas situaciones favorecen la pérdida de interés en promover y difundir la música tradicional, ya sea nueva o antigua, pues ¿a quien le interesa un género tan alejado de las preocupaciones actuales? Es

evidente que tanto la industria cultural como los medios masivos de comunicación prefieren difundir un fenómeno cultural rentable como RBD, pues implica la generación constante de mercancías diferenciadas: discos, videos, conciertos, artículos promocionales, etcétera.

A pesar de todo, quizá todo este ir y venir de flujos de capital, mercancías de toda índole, flujos culturales y hasta de personas (migración) tenga su lado positivo: incluso con la evidente tendencia a homogeneizar por parte de los países hegemónicos, ese constante flujo permite conocer con mayor rapidez y facilidad la cultura de otros pueblos, una infinidad de bienes y servicios dis-

ponibles en el mercado y, con ello, un encuentro de culturas que permiten formar híbridos culturales a una velocidad mayor y en porción de la población cada vez más grandes. A pesar de todo, los grupos sociales siguen creando y recreando su cultura, además de mantener diversas estrategias para una resistencia que no es nada sencilla, sobre todo al considerar las dimensiones y el poder global de que dispone el contrincante.

A cambio, la globalización permite la posibilidad de voltear a ver muchas de las cosas que se están perdiendo y que anteriormente, por formar parte de algo común y cotidiano, quizá no eran suficientemente reconocidas. También ha propiciado una serie de reflexiones y acciones conjuntas para promover de manera mucho más eficiente y amplia —global— la creación y difusión de la música tradicional en nuestro país, a fin de mostrar el gran número de talentos que hay en cada rincón de nuestro territorio, así como la inmensa creatividad y humor que siempre nos han caracterizado.